

---

## LA MIRADA TÁCTIL DEL ESCRITOR

---

En *Estampas del faro* pueden leerse estas líneas que parecen definir toda la manera de Miró de ver un paisaje:

Sin querer encogí los pasos, los únicos pasos en toda la mañana, y toda la mañana iba mirándome como si la pisara en toda su quietud sensitiva. Tuvieron la culpa los ojos, los ojos que se abrían con una lucidez tan ávida, tan aguda, tan discriminadora que palpaban ópticamente el tono elemental, el latido plástico de cada cosa. Los horizontes tan tremendos de luz, tan nuevos y magníficos llegaban a ceñirme la mirada como una venda (PÁG. 688).

Esta táctil mirada mironiana, ese como nacer dedos, insaciables y palpadores dedos en los ojos, me recuerdan las sinestesias gratas a nuestros poetas y artistas barrocos. Piénsese en esas complicadas, densas fachadas barrocas, abrumadas de ornamental vegetación, y que más que a los ojos parecen estar llamando al tacto, a los ojos hechos lenta y sensual caricia o a los dedos visualizados estremecidamente.

La luz para Miró es ya algo táctil, como el color y los perfiles de las cosas, recorridos por sus ojos tan vibrante y nerviosamente, que es como si la sensación pasara a los dedos, hechos lejano mirar.

En *Nuestro Padre San Daniel* hay una bella descripción de Paulina, en íntima fusión con la naturaleza, en la que se lee:

Todo el paisaje le latía encima. El cielo se le acercaba hasta comunicarle el tacto del azul, acariciándole como un esposo, dejándole el olor y la delicia de la tarde (PÁG. 931).

Es otro efecto de sinestesia, de fusión visual-táctil.

Recuérdese también el siguiente pasaje de *Años y leguas*,

